

Baudelaire, la mente de un moralista

ENRIQUE LOPEZ CASTELLON

I

Lo primero que observa en los escritos de Baudelaire quien se acerca a ellos con apasionada receptividad es una situación de desgarramiento. La experiencia que tiene el autor de *Las flores del mal* de la condición humana se plasma en la constatación de que somos naturalezas urgidas por instancias no sólo diferentes sino contrapuestas. «Existen en todo hombre, y a todas horas —escribe en *Mi corazón al desnudo*— dos postulaciones simultáneas: una hacia Dios y otra hacia Satán. La invocación a Dios, o espiritualidad, es un deseo de ascender de grado; la de Satán, o animalidad, es un gozo de rebajarse.» Desde esta perspectiva, las exigencias morales no se confunden con imperativos formales y universales. El bien son los dictámenes despóticos y arbitrarios que emiten los seres superiores al súbdito moral, y el sentido del deber se identifica con la necesidad de ser mandado, castigado o querido. El siempre niño Baudelaire se sentirá de continuo responsable ante la mirada autoritaria de su padrastro y ante los ojos amorosamente recriminatorios de su madre. Se trata, en suma, de una moral ajena a toda especulación racional, de una moral rígida, convencional, marcada por la inalterable jerarquía que configura a las relaciones interpersonales y sustentada, a su vez, por quienes se sienten débiles, desamparados y urgidos por una irrefrenable necesidad de protección. Baudelaire odia esa moral, como odia a las personas que la encarnan, pero en ningún momento cuestionará la legitimidad de sus exigencias. De ahí que la rebeldía sea el pecado por antonomasia, la raíz de todos los males, la causa de la caída de Luzbel y de la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal. Y de ahí también que la sumisión constituya, por el contrario, la causa de todo bien, la actitud generosamente recompensada de Abraham, dispuesto a sacrificar a Dios a su hijo Isaac, en contra de la condena del homicidio prescrita a Moisés por el propio Yavé. Una intensa ambivalencia (aceptación y rechazo) impregna los sentimientos morales; pues, por un lado, la moral forma parte del paraíso infantil, es un refugio contra la soledad y contra la falta de cariño. Someterse a ella es prestar adoración a los ídolos que nos protegen, encontrar en el carácter eterno de su jerarquía el contrapeso a la fragilidad que intensifica el transcurrir del tiempo, encontrar la posibilidad de justificar el dolor, pues, según esta

lógica, quien sufre es porque lo ha merecido, y, como diría Nietzsche, «las razones alivian». En los escritos íntimos de Baudelaire, la moral tiene que ver con la vida ordenada, con la higiene y la limpieza, con el trabajo metódico y esforzado, con la paz familiar, con una alimentación sana, con la sobriedad y la castidad, con la oración confiada que se dirige a Dios. Ahora bien, por otro lado, el rechazo de esa moral permite a Baudelaire atraer sobre sí la atención de los otros. Quien juzga y quien condena concede importancia al pecador, por verse obligado a fijar sus ojos en él y en su delito. Los desplantes y las amenazas de Baudelaire han de ser entendidos desde su irreprimible deseo de que le tengan en cuenta.

Estamos ya ante el otro polo de la tensión: la atracción hacia el mal. Baudelaire está muy lejos de suscribir la afirmación de Sócrates en el *Gorgias* platónico según la cual «queremos lo que es bueno, pero no queremos ni lo que es neutro o indiferente, ni lo que es malo», llegándose por esta vía a la conclusión de que «nadie comete voluntariamente injusticia y que, al contrario, todos los que obran injustamente proceden en contra de su voluntad». También se sitúa en el polo opuesto de quienes como Nietzsche y como Freud combatieron el sentimiento de culpa en nombre de la vida fuerte o de la sanidad mental. Si tiene razón Paul Claudel al afirmar que «el remordimiento es la única pasión que el siglo XIX sintió con sinceridad», cabría apostillar que Baudelaire representa el ejemplo más claro de semejante sensibilidad. Efectivamente, Baudelaire se siente culpable. Aún más, considera que es imposible ahogar el remordimiento, que puede roernos incluso después de la muerte. Sin duda que la intensidad del remordimiento guarda relación directa con el carácter irreparable de la falta cometida. Pero la situación del poeta es más compleja. No implora disculpas para su transgresión; prefiere suponer que fue plenamente libre y lúcido en el momento de pecar para saborear así las delicias del castigo y del perdón. Con otras palabras, Baudelaire busca en la realización del mal la afirmación de su singularidad y de su rebeldía, e inmediatamente esa necesidad se ve reforzada por su deseo de ser castigado y de obtener perdón. Hay, claro está, una inquietante tendencia al masoquismo en esta urgencia punitiva, pues, como decía antes, el castigado puede ver en quien le aplica la pena a un ser que le ama o al menos que se interesa por sus actos. El sadomasoquismo que impregna sutilmente toda relación amorosa apuntala el complejo entramado de esta moral de indudable matiz católico eclesial y le concede su peculiar sabor agridulce. Sólo la realización del mal —ese mal que tiene que ver con la vida desordenada y artificialmente excitada con la droga, con el hacer el coito sin amor, con la relación homosexual, con la sordidez y la abulia, con la ausencia de todo esfuerzo— puede poner en marcha el proceso que conduce al castigo y al perdón, suscitando esa manifestación agresiva del amor. Ello explica que Baudelaire aumente la gavedad de sus faltas y que hasta se acuse de transgresiones imaginarias.

II

En medio de esta lucha de fuertes y débiles, importa sumamente la manifestación externa de la superioridad. Esta actitud moral es la que vino a encarnar el dandysmo en su doble función social e individual. Socialmente, el dandysmo es el signo externo de una individualidad que se rebela contra la grotesca exaltación de lo burgués, contra el mal gusto de la aristocracia advenediza, contra «el ingenuo hombre de bien» regido por esa moral de tenderos que es el utilitarismo. Desde el punto de vista individual, el cuidado y excéntrico atuendo del dandy es, a un tiempo, máscara y coraza: oculta la intimidad y la protege del peligro que supone la constante mirada del otro. Es de recordar, además, que, para Baudelaire, el dandy supone la unificación de todas las virtudes del gentleman que son aún posibles en una sociedad configurada por el rasero igualitario de la mediocridad. Es el tipo capaz de afrontar cualquier situación sin que nada le coja de sorpresa, el que siempre dispone de recursos para no caer en lo vulgar y conservar la sonrisa fría del estoico, siendo su sentimiento primordial ese «pathos de la distancia» del que habla Nietzsche.

Una actitud semejante exige un ascetismo, un esfuerzo de superación, de creación y de mantenimiento constante de la imagen original y provocativa. Y el aspecto más doloroso de esa accesión es la frialdad afectiva que demanda. Un auténtico dandy ha de ahogar la confianza, ocultar su dolor y su alegría, mostrar esa impasibilidad que, para Baudelaire, caracteriza a los seres superiores. Lleva razón Sartre: el dandysmo es comparable a la adopción de una Moral. Pero no sólo, como él dice, «por su libre posición de valores y obligaciones», sino, sobre todo, porque cumple la función falsificadora e interesada que suele ser propia del uso de un lenguaje moral. Baudelaire, ciertamente, no elige; adopta la actitud pública que le permite paliar su horror a la comunicación con el otro, a manifestar su honda inseguridad respecto a sí mismo, a exponer ante los ojos ajenos su corazón dolorido para recibir la limosna de la compasión que agudizaría el sentimiento de su propia miseria. El dandysmo supone, igualmente, un rechazo de lo natural, a lo que se considera abominable y vil, y una afición a lo artificial, al adorno, a lo elaborado. A diferencia de los románticos, Baudelaire odia los campos y los bosques. Su radio de acción y el foco de su interés se circunscriben a la gran ciudad y, preferentemente, al interior de sus edificios, donde «vive, sueña y sufre la vida». La espiritualidad está del lado de la cultura ciudadana y de esos paraísos artificiales, cuyo encanto radica no en que sean paraísos, sino en su carácter *artificial*, en el sentido de que significan un intento de tender una trampa a la naturaleza.

Ha entrado en crisis la identidad que Rousseau estableciera entre naturaleza, razón y bondad. Para Baudelaire, lo natural es el mal, ya que éste se realiza sin esfuerzo; el bien, por el contrario, es siempre producto de un arte, es artificial, no natural. Pero entiéndase la cuestión en sus justos términos: lo que se está aquí rechazando no es sino el mal vulgar y sin artificio, y ello no excluye la



fascinación que experimenta Baudelaire ante el mal refinado, exquisito, el mal satánico que requiere creatividad. Si el adicto al hachís o al opio es moralmente condenable, ello se debe no al hecho de que se convierta en un ser socialmente improductivo, en perjuicio además de su propia salud, sino a su rebelde pretensión de trocar el orden *sobrenatural* al erigirse en dador de su propia felicidad. Su injusticia no reside tanto en el disfrute de un goce inmerecido —tal vez porque no hay ninguno que podamos merecer—, sino en intentar suplantar el papel de Dios, que es quien concede la dicha al hombre como una gracia especial. Pero diciendo esto no dejamos zanjado el asunto. Lamentablemente, los paraísos que conocemos son limitados tanto en el tiempo (porque suponen siempre un retorno a la realidad) como en el espacio (porque, por definición, son lugares acotados frente al dolor y a la miseria exteriores). Por eso, si el paraíso de la droga es el reino de la amoralidad, donde el sujeto se justifica, se disculpa y se siente inocente y capaz de cualquier heroísmo, el paraíso real, esto es, la paz de quien se esfuerza, trabaja y cumple diligentemente con sus deberes, constituye necesariamente el ámbito de la moral. Aquí el individuo no puede sino sentirse culpable y abrazar el dolor con ánimo expiatorio. Más

que un paraíso, este imperio de la moral religiosa, propio del hombre que soporta la huella del pecado original, es, a lo sumo, un purgatorio, cuyo consuelo reside sólo en la fe que profesa el penitente de estar en un lugar de tránsito, en la antesala del verdadero paraíso. Baudelaire —el demasiado cristiano, como le llama Benouville— está convencido de que la vida es un valle de lágrimas en el que no hay lugar para ningún paraíso. Su razonamiento es claro: si el dolor tiene un sentido —su carácter purificador—, entonces toda alegría resulta, cuando menos, moralmente sospechosa. La risa, por ejemplo, posee un poder destructivo que alcanza al corazón mismo de la moral, pues cuestiona su carácter grave y solemne. En este aspecto, la hilaridad se erige en la auténtica enemiga de la moral, y no la inmoralidad, que procede de su mismo discurso y adopta idéntica gravedad. Nadie se encuentra más cerca del ridículo que quien apela a su patrimonio moral o reclama el monopolio de la rectitud y de la justicia. Y es que toda forma de autoexaltación se ve expuesta a suscitar las risas del entorno como respuesta a la inferioridad a la que se ve relegado. Dicho de otro modo, si la risa es patrimonio de la inocencia y revela un sentimiento de autosatisfacción, el universo de la culpa originaria representa el ámbito de la seriedad, que es la manifestación externa de la humillación y la conciencia de la propia miseria. En suma, Baudelaire cubre la moral con ese «velo de luto» de teólogos y filósofos del que Hume había querido despojarla para que recuèperase su dimensión transparente y gozosa.

III

La concepción irracionalista que tiene Baudelaire de la moral —irracionalidad que no sólo se aprecia en el fundamento de lo ordenado y de lo prohibido, sino también en la falta de una relación comprensible entre acto y sanción— se debe a que hunde sus raíces en el dogma de fe religioso, esto es, en el misterio. Cabe decir, entonces, que la moral es impermeable a toda reflexión racional y que sólo podemos acercarnos a ella con la conciencia de la propias limitaciones intelectuales que la aceptación del misterio exige. Misterio es, ante todo, el sufrimiento del inocente en pago por los castigos del culpable —según el principio de *reversibilidad* que Baudelaire toma de Joseph de Maistre—, y misterio es el pecado original, factor determinante de la irresistible atracción que el hombre experimenta hacia el mal. En consonancia con el marqués de Sade, con Nietzsche y con Prosper Mermimée, el autor de *Las flores del mal* señala: «La voluptuosidad única y suprema del amor radica en la certidumbre de hacer el *mal*. Y tanto el hombre como la mujer saben de nacimiento que en el mal se encuentra toda voluptuosidad.» El «ingenuo hombre de bien» se caracteriza, precisamente, por no admitir el misterio y creer que basta una moral superficial, de formas y convencionalismos, para ser llamado honrado. De ahí que elimine todo el aspecto trágico de la moral. Lo mejor que se puede decir de

estos individuos vulgares es que son perezosos. Y perezoso es quien odia el misterio, quien se queda en la epidermis de la condición humana y decide, por ejemplo, suprimir el infierno para que la vida le resulte más fácil o quien duda de la inmortalidad porque tiene miedo a la resurrección. Salvando las diferencias, esta forma de vida que pinta Baudelaire tiene que ver con lo que Kierkegaard llama «estadio ético» y Heidegger «existencia inauténtica». Baudelaire, más literario, habla de una moral de «criados sisadores», de «porteros», de «mantenidas», de «antipoetas», proclive a lo acomodaticio, a reducir la inmoralidad al escándalo en cuestiones sexuales. Dada la condición humana esta moral sólo puede mantenerse mediante la hipocresía.

Frente a la moral hipócrita de la ramera que se escandaliza ante los desnudos del Louvre y a esta moral del «buen sentido» del burgués, que convierte la honestidad misma en una suerte de especulación lucrativa, la verdadera moral es, para Baudelaire, la que atiende a la perversión radical humana, aquella cuya *dinámica* consiste en recurrir a todos los medios traumatúrgicos posibles (desde los sacramentos y la oración hasta los talismanes y los amuletos) para robustecer la voluntad viciada de raíz, para superar con éxito el trance terrible de la tentación. Sus virtudes fundamentales serán la fortaleza, la moderación (porque tras un exceso siempre se siente uno más solo, más abandonado), la generosidad, la entrega de uno mismo, pese a que la comunicación con el otro reviste especiales dificultades. Esta moral ha de trascender a la naturaleza caída, dominada por la huella del pecado original, venciénola a través de una lucha de resultado incierto, en la que no valdrán como armas las inspiraciones, sugerencias e impulsos que emanan de fuentes que los ilusos consideran ciertas: es decir —escribe Baudelaire—, «hay que desconfiar del pueblo, del sentido común, del corazón, de la imaginación, de la evidencia». Podría decirse, entonces, que la actividad moral es equiparable a la actividad artística porque al moldear la naturaleza recalcitrante de acuerdo con las exigencias del bien, intenta introducir en ella un cierto embellecimiento. La moral constituye un adorno, pero, como todo adorno, será siempre algo postizo. Obrar de acuerdo a normas equivale en apariencia a instaurar un orden y una armonía en el caos que impera en el ámbito natural. A la vez, la acción moral acomoda al individuo con el plan divino, le invita a superar ilusoriamente las angustias que suscitan la contingencia y el transcurrir inexorable del tiempo, asegurándole su incorporación a la armonía universal. La eternidad de las leyes morales —no por su fundamentación racional sino por la eternidad del Dios que las prescribe— representaría un anticipo de la eternidad feliz prometida al justo. Obrar moralmente sería una forma de eternizarse. Aquí radica la virtualidad embriagadora de la moral, su presunta capacidad para hacer olvidar la dimensión temporal y perecedera que aterroriza al hombre. Por eso dice Baudelaire que «la costumbre de cumplir con el deber destierra el miedo». Vistas las cosas desde este ángulo, el cumplimiento de la obligación supone una forma de evasión, un modo de embriaguez que tendría por efecto serenar y pacificar,

más que exaltar y producir un estado de euforia. Cuando menos, el virtuoso se pone a salvo de las consecuencias nocivas que acometen a quien recurre a cualquier tipo de paraíso artificial. En condiciones ideales, se trataría de una embriaguez sin resaca.

Huelga decir que esta evasión es sumamente frágil, pues obliga a un batallar continuo y sitúa sin tregua al individuo al borde del abismo de una decisión que no admite dilaciones. La languidez (la falta de valor o de energía) representa el polo opuesto a la moral; sería *desmoralización*. Casi podría decirse que el mal es un no querer, un dejarse llevar por el vértigo fascinante que genera el abismo de la degradación. Bastará con no esforzarse para que el hombre retorne a su lugar natural. A diferencia de Aristóteles, Baudelaire no cree que el hábito de hacer el bien pueda llegar a convertirse en un modo de ser del que brote espontánea y, por consiguiente, placenteramente la actividad virtuosa. Pues la exigencia moral tendrá que enfrentarse siempre con una naturaleza depravada, por lo que nunca podrá garantizar una victoria final sobre el tiempo. Muy al contrario, la temporalidad afecta al corazón de la moral, no sólo porque el deber urge y apremia, sino porque el drama ético implica una secuencia sin final de indecisiones y aplazamientos, de caídas y remordimientos, de renunciadas heroicas acompañadas por nostalgias del placer rechazado.

Si aplicamos al tema de los paraísos artificiales esta concepción baudelaireana, observaremos que en ellos confluyen el afán humano de infinitud y de felicidad y la posibilidad certera y penosamente superable que se abre ante todo individuo de envilecerse y degradarse. Ahora bien, en cualquier caso, la búsqueda de paraísos supondrá siempre un intento de evasión sobre la base de la condena previa de la existencia presente y de la aspiración a una vida *mejor*, lo que evidencia el fundamento cristiano de semejante actitud. El paraíso habrá de definirse, pues, de forma negativa: será *siempre* el lugar en donde *no* se está, el tiempo en el que *no* se vive. Pero, ¿en qué consistirá, entonces, la búsqueda del paraíso, de la inmovilidad extrema que ansía eternizar ese estado, sino en la llamada de la muerte, en el signo más patente de decrepitud, de debilidad crónica y de desconfianza plena hacia uno mismo y hacia quienes nos rodean?